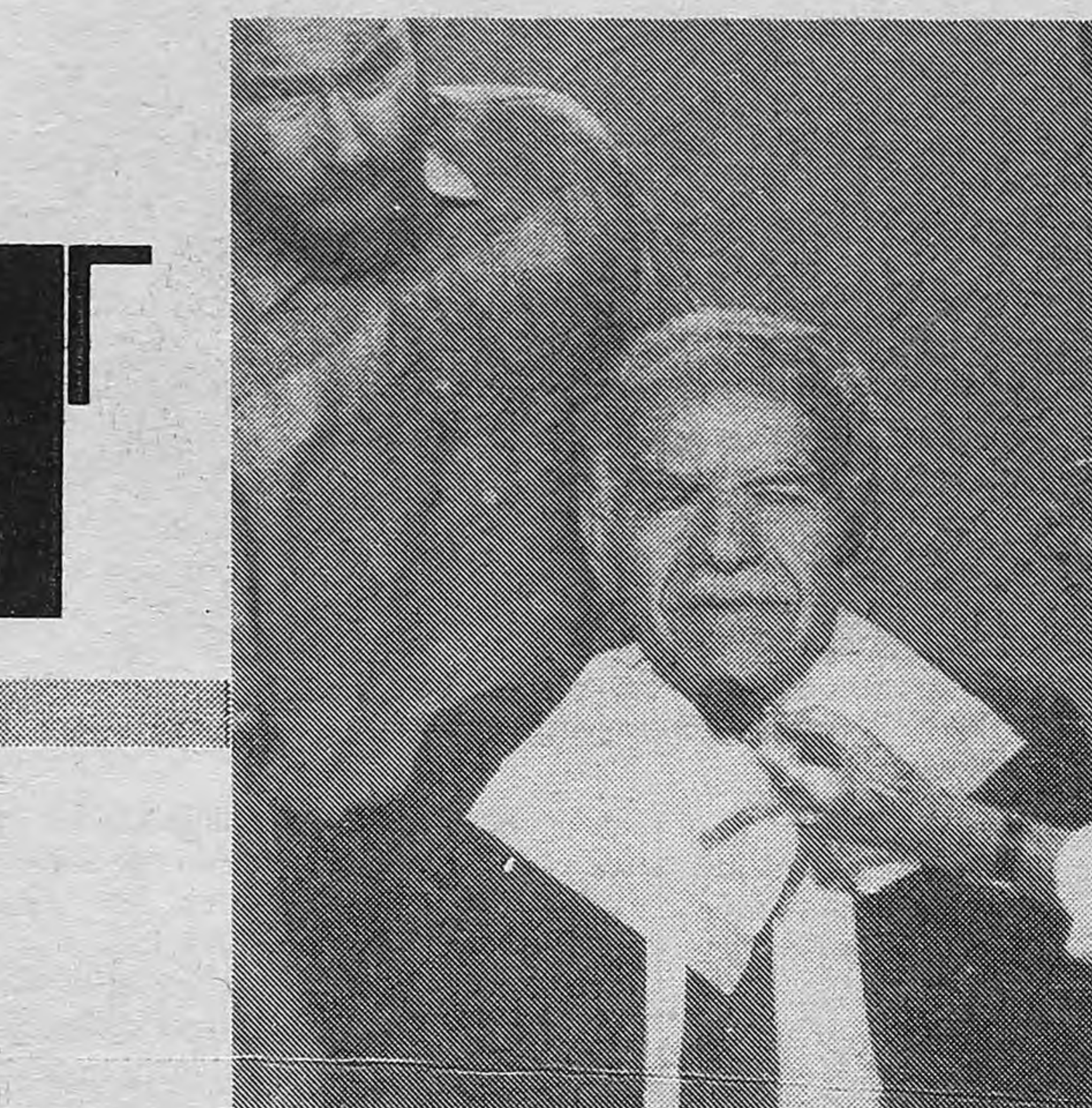
ELECCIONES ISRAELIES





DIVORCIO POR CONVENIENCIA

El primer ministro Yitzhak Shamir (Likud) y el canciller Shimon Peres (laborista), que en los últimos cuatro años compartieron el poder bajo un mal llamado gobierno de unidad nacional, van camino a su definitiva separación a partir de las elecciones generales del próximo martes. Por su parte, el ex canciller Abba Eban, un protagonista de los 40 años de historia del Estado hebreo —excluido de las listas del laborismo—, fundamenta en este suplemento la necesidad de concretar otro divorcio: el de la partición territorial y el retorno a las fronteras de 1967.

Por Walter Goobar

Cuando esta semana se concrete el anunciado divorcio de la pareja, las vendedoras de *souvenirs* de la calle Dizengoff tendrán, por fin, un nuevo tema de conversación para sus largas horas de aburrimiento. Cansadas de desempolvar los recuerdos arrumbados en las estanterías y despotricar contra la rebelión palestina, que además de una sensación de pánico constante les ha ocasionado sensibles mermas en sus comisiones sobre las ventas de chucherías, se darán un festín con los chimentos de ese matrimonio que tras una boda por conveniencia seguida por cuatro años de desavenencias, finalmente optará por dejar transitoriamente en libertad al otro.

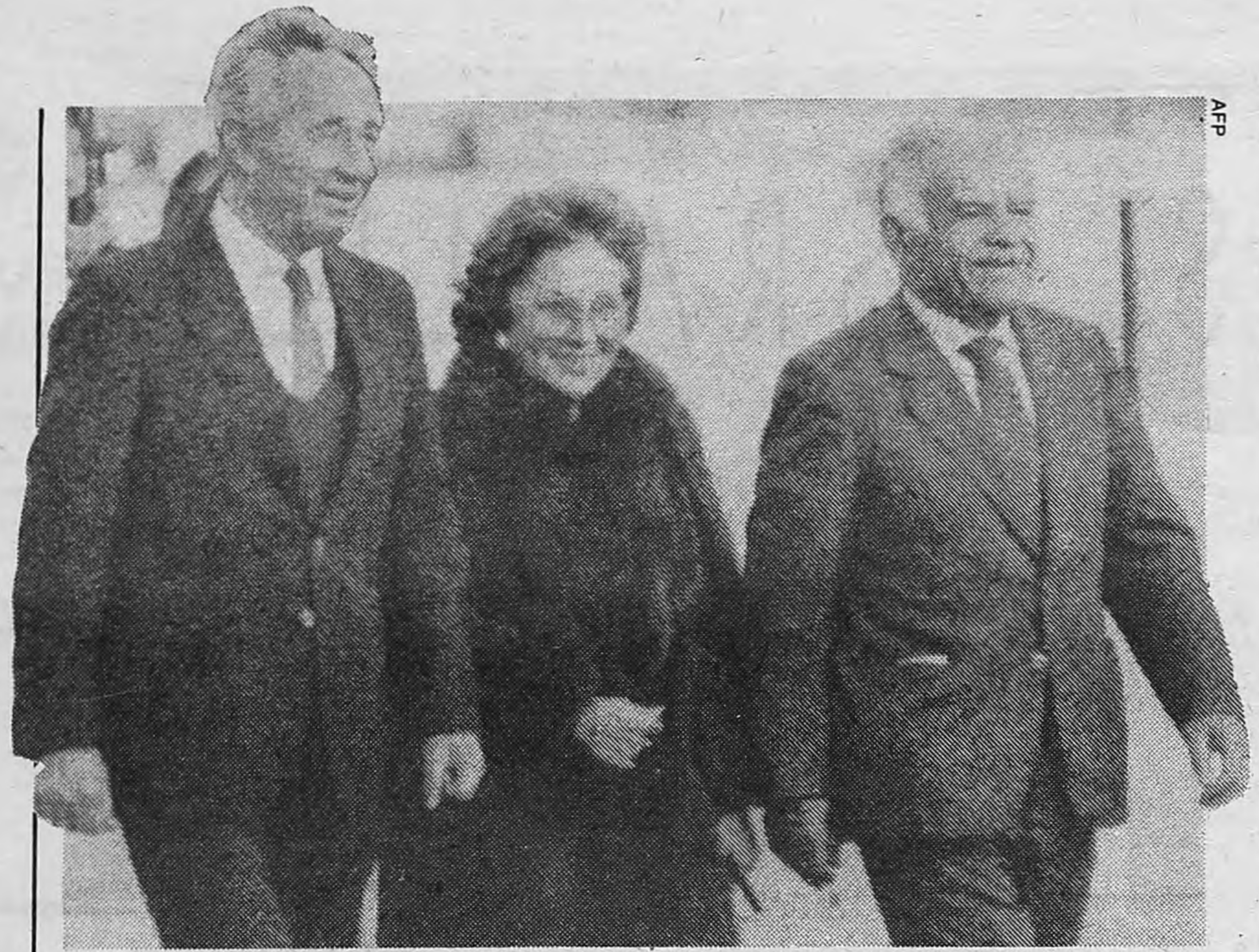
Lo cierto es que un divorcio es siempre un divorcio y en las vendedoras de *souvenirs* de la Tierra Santa, convertida por momentos en tierra de nadie a causa de la Intifada, el tema despierta, cuanto menos, la misma emoción que aquel instante sublime de la boda judía en el que el novio, en un acto de suprema virilidad, rompe de un solo y potente pisotón, en mil pedazos, la copa de vino de donde bebió la pareja, para que luego la novia con lágrimas en los ojos y pasitos cortos haga añicos, a modo de fervoroso exorcismo antidivorcista, los últimos cristales de la copa que sirvió para consumar un matrimonio según la ley divina.

Esta semana, las partes tendrán que comparecer nuevamente ante los rabinos, porque en Israel el divorcio no es un acto civil sobre el que tiene potestad el Estado, sino una ceremonia litúrgica en la que la voluntad divina se expresa a través de un rabino, que en el mejor de los casos es un inmigrante de Brooklyn, y la anulación del contrato nupcial está supeditada a la pertenencia a una u otra de las doce milenarias tribus que formaron el pueblo judío. Así si uno tiene el alto privilegio de pertenecer a la estirpe de Cohen, que es entre otros la de los rabinos, puede llegar a recibir un bíblico corte de manga, ya que para esta suerte de aristocracia dentro del pueblo elegido, el divorcio, si no está vedado, está seriamente restringido y librado a la buena voluntad de los oficiantes de turno. Pero éste, seguramente, no será el caso en el divorcio de Yitzhak Shamir y Shimon Peres que se llevará a cabo este miércoles, junto con las elecciones generales y tras cuatro años de malogrado matrimonio forzoso debido a que en la anterior elección sus respectivos partidos —la coalición de derecha Likud y el laborismo— no lograron conseguir los votos necesarios para formar gobierno y optaron por jurarse fidelidad para una boda de conveniencia que fue bautizada como gobierno de unidad nacional.

Las empleadas de la calle Dizengoff conocen al dedillo los dictados de la tradición para estas lamentables circunstancias. Los divorciantes —advierten admonitoriamente las mujeres— no podrán hablar entre sí en el rabinato, porque ello indicaría que aún existe posibilidad de arreglo. La idea las espanta, al fin y al cabo ellas son representativas de ese 50 por ciento de la población que —de acuerdo a los últimos sondeos de opinión— se opone tajantemente a una nueva ''unión'' como la actual, en la que cada una de las partes no hizo otra cosa en cuatro años que paralizar las iniciativas del otro.

Uno de los problemas de Israel es que ha desarrollado un sistema de representación parlamentaria hasta extremos que lindan con el masoquismo. Las vendedoras de la calle Dizengoff, así como el resto de los israelíes, podrán optar entre 27 partidos en las elecciones del 1º de noviembre. Aunque buena parte de los votos irá a manos del laborismo de Shimon Peres o de la coalición Likud, de Shamir, ninguno de esos dos partido ha conseguido hasta ahora obtener más del 38 por ciento del total de los sufragios, y en esta oportunidad las encuestas le asignan a cada uno entre 40 y 47 de las 120 bancas de la Knesset (Parlamento). De allí que para superar la mágica cifra de 61 escaños necesarios para tener mayoría seguirá siendo nece-





Era en los tiempos más felices en la convivencia del gobierno de unidad nacional. A la derecha, el primer ministro Yitzhak Shamir, su esposa Shulamit al centro,y el ministro de Relaciones Exteriores Shimon Peres a la izquierda.

Isra

SINT

La progresiva miopía provo
dirigentes por la prepotenc
comienza a ser considerada
ilustres intelectuales judíos.
la afección a la sociedad en
comienza a producir anticu

Por Joaquín Sokolowicz, desde Jerusalén

Después de todo, la culpa de que en Israel avance la derecha la tienen ustedes." Es lo que suele decir un amigo de Jerusalén a los turistas extranjeros —sobre todo viejos compañeros del movimiento sionista-socialista "Mapam" en la comunidad judía de la Argentina— que, al visitarlo, se manifiestan preocupados por lo que está ocurriendo en los "territorios ocupados".

En el electorado israelí ya no son mayoría quienes se radicaron en el país por opción o porque acababan de sobrevivir al genocidio en Europa. Nuevas generaciones y cambios en el flujo inmigratorio modificaron el cuadro demográfico. La "reunión de las diásporas", con el pasar de los años, siguió por un lado solo. Judíos de cultura rudimentaria, sin oficio y con una religiosidad arcaica, animados de fuertes rencores hacia el mundo árabe del que en su mayor parte provienen, fueron asumiendo un peso creciente. Hace once años derrotaron en las urnas al *establishment* que había surgido aun antes de la independencia, compuesto por las clases medias, cultas y laicas.

Agrupaciones ultraderechistas y fanáticos del nacionalismo que explotan la carta religiosa (son laicos muchos militantes de "Gush Emunim", el "Bloque de la Fe") ejercen una atracción magnética en este sector de la población. La democracia israelí, tradicionalmente ejemplar, está expuesta a los peligros representados en cualquier parte por la irracionalidad y el fanatismo. Parecen no percibir tal peligro los visitantes que adhieren sin reservas a toda iniciativa gubernamental, por convicción o porque como sospecha el amigo de Jerusalén la cola de paja de quienes no se establecieron en Israel pese a su proclamado sionismo determina autocensura frente a los dirigentes del país que ellos se limitan a visitar.

En Israel los indefinidos están preocupados. Se oye decir a menudo: "Si hoy lo tuviéramos a Ben Gurión...". "¿Los políticos sabrán lo que hacen?"... Entre los potenciales votantes del laborismo —supuesto factor de soluciones políticas en contraposición a la intransigencia—, muchos se sienten defraudados ante la plataforma electoral de ese partido, fruto de compromisos entre corrientes internas y sin alternativas nítidas respecto a las propuestas de los duros. Ya los laboristas, en el '77, perdieron el manejo del poder por la falta de definición política, además de las rivalidades entre sus dirigentes.

La sociedad israelí siempre sintió, más que otras, la necesidad de conductores. El nacionalista Menahem Begin ganó aquellas elecciones, entre otras cosas, porque era un sobreviviente de la generación de los padres fundadores. Sus herederos políticos, que se disputan el liderazgo del partido "Jerut" desde que él abandonó la vida pública (presumiblemente al sentirse engañado por sus estrategas militares sobre los objetivos reales y los efectos de la invasión del Líbano) tratan de imitar la oratoria seductora de Begin pero no poseen su sentido de responsabilidad en la gestión estatal. Yitzhak Shamir primer ministro de la coalición denominada "de unidad nacional", se opuso enérgicamente en su momento al tratado de paz con Egipto. El general retirado Ariel Sharon, encaramado a la cúpula de la derecha después de haber intentado sin suerte hacer carrera en la izquierda, evidenció su peligrosidad más de una vez; cuando Begin le impuso renunciar como ministro de Defensa tras las conclusiones de la encuesta sobre la masacre de palestinos en los campos libaneses de Sabra y Chatila, el ambicioso militar expuso en la ceremonia de despedida los fundamentos de su diseño estratégico: Israel debía afianzar su dominio en el Líbano, recuperar la restituida península egipcia de Sinaí, prepararse para una supuesta guerra inminente que habría de lanzar Jordania y estar alerta para rechazar eventuales ataques de los restantes regímenes árabes... Bien colocado David Levi es otro aspirante al liderazgo nacionalista; originario de Marruecos, recurre sin pudor a una retórica patriotera que magnetiza a ese electorado cuyas debilidades é conoce bien. Sharon, Levi y Shamir compiten entre sí, y los tres con el opositor partido ultraderechista "Tehyia" ("renacimiento"), en el terreno de los gestos y proclama expansionistas.

Entre los laboristas, la imagen del líde Shimon Peres —actual ministro del Exterior— se fue deteriorando en el choque cotidiano con el férreo inmovilismo de Shami respecto al conflicto medioriental. Quedaron prácticamente anulados los mayores resultados positivos logrados por la coalición en sus primeros dos años de existencia, cuando la encabezaba Peres. Volvió a radicalizar se la lucha política, está dividida la sociedad como en el período en que manifestantes d derecha asesinaron al pacifista Grunzweig. Como entonces, época de la aventura en el Líbano, los contrastes se reflejan en el seno del ejército.

La batalla por la paz

"Cada vez que se los convocaba para l guerra, en el pasado, nuestros hombres sa bían que tal orden había sido impartida po la falta absoluta de otras alternativas", recuerda Ezer Weizman, ex comandante y un de los constructores de la eficiente aeronáutica militar. Sobrino del primer presidente de Israel, actual ministro sin cartera, "halcón" en otros tiempos y ahora "paloma" Weizman lamenta que los militares n puedan tener hoy la misma confianza de entonces en la dirigencia nacional. En su libro *La batalla por la paz*, sostiene la necesidad de superar prejuicios cristalizados para conseguir un acuerdo que concilie las reivindicaciones de israelíes y palestinos, "dos justas causas". Weizman es un liberal, integrado desde hace unos meses al laborismo. "Izquierda" y "derecha" son definiciones convencionales, al utilizárselas para indicar a quienes en realidad son pacifistas o belicistas.

La *intifada* (revuelta, en árabe) configura en sí misma, la identidad de un pueblo. En el momento del arresto de un grupo de comerciantes árabes de Jerusalén que se negaban a abrir sus negocios porque obedecían la orden de huelga del comité dependiente de la OLP (Organización para la Liberación Palestina), uno de los arrestados, mientras se lo escoltaba en dirección del celular, decía tranquila y orgullosamente al policía israelí: "Ustedes tienen un gobierno, nosotros tene-

sario el juego de las alianzas.

Mientras acomodan despreocupadamente las botellas llenas de arenas multicolores que forman fantásticas imágenes de un país que no está dispuesto a devolver ni un grano de esa arena a sus legítimos dueños, pero sí a venderlo embotellado a las manadas de turistas, las mujeres recuerdan otros preceptos a tener en cuenta para el "girush" (divorcio): Las partes deberán repudiarse tres veces y los testigos de uno y otro deberán hacer la "parodia del enojo", aunque continúan siendo buenos amigos en la realidad. Como los protagonistas de un Hamlet que sucumbe agobiado por el papel que le obliga a representar la fatalidad de las circunstancias, los israelíes no opondrán resistencia a encarnar la parodia del enojo, en favor o en contra de Peres o Shamir. Mientras una mitad de la población cree firmemente que Israel debe retornar a sus fronteras de 1967, la otra mitad,con igual pasión, considera que esa política es un suicidio, una apuesta o ambas cosas a la vez. Pero cuando Shamir le entregue a sus testigos una pluma para escribir, un tintero, papel y un apoyador —para, según el rito del "girush" encomendarles la disolución del vínculo y según el rito de la política pedirles sus votos— ¿cuán cerca o cuán lejos puede estar de seguir gobernando?

Una encuesta publicada el 14 de octubre por el diario *Hadashot* le otorga 38 bancas a Likud, seis a Tehiya (eventual socia de Likud que propugna la definitiva anexión de los territorios ocupados), cinco para el NRP (Partido Nacional Religioso), cuatro para los ultraortodoxos Shas y Agudat Israel y un escaño cada uno para Moledet y Tzomet. Esto daría a la coalición Likud sólo 56 de las 61 bancas necesarias para gobernar en mayoría.

La misma fuente le adjudica al laborismo de Peres 56 escaños: 44 directamente para el laborismo, siete para el Movimiento de los Derechos Ciudadanos (CRM), dos para el partido de Centro, dos para los socialistas de Mapam y otros dos para una nueva coalición religiosa denominada Meimad, que probablemente se integre al laborismo.

Finalmente la encuesta de *Hadashot* prevé que dos partidos "no sionistas" —el comunista Hadash y la Lista Progresista por la Paz— obtendrán una suma de seis mandatos, así como también otros dos escaños pueden ir a parar a manos del grupo Arabes Democráticos, un nuevo partido formado por un parlamentario disgustado con la dureza con que el ministro de Defensa, el laborista Yitzhak Rabin, ha manejado el levantamiento palestino en los territorios ocupados. Estos tres partidos, que cuentan fundamentalmente con el voto de los árabes israelíes, difícilmente se integren al conglomerado laborista, pero a la hora de inclinar el fiel de la balanza seguramente lo harán en contra de Likud.

Otra serie de encuestas publicadas este viernes por el diario independiente *Maariv* asigna alternativamente la victoria a uno u otro bloque. Lo único seguro en esta elección es que los israelíes fracasarán en dar un veredicto terminante justamente en el tema que ha desplazado a los asuntos económicos y del bolsillo del candelero y ha convertido este comicio en una especie de referéndum sobre un asunto único: La rebelión palestina y el futuro de los territorios ocupados (ver recuadro sobre la plataforma del laborismo y Likud al respecto).

Cuando cae la noche sobre Tel Aviv las empleadas del negocio de *souvenirs*, al igual que el 80% de los 4,5 millones de habitantes de Israel, siguen como en un teleteatro las alternativas de los 45 minutos de propaganda electoral que se emiten todos los días, con excepción del viernes —por el *Shabat*, claro está— por el único canal de TV. En ese momento las mujeres constatan que los dos candidatos han cumplido con creces el requisito de repudiarse mutuamente tres veces antes del divorcio. Más que en otras oportunidades, en la campaña de este año predomina la demagogia, la distorsión y las diatribas electrónicas.

Una propaganda de Likud muestra a Shimon Peres en pantalla al tiempo que una voz en *off*, imitando la suya, proclama su apoyo irrestricto a la OLP. Un spot de los laboristas encuesta a electores en la puerta de un supermercado sobre los logros de Yitzhak Shamir: Uno de los entrevistados mira a la cámara y balbucea una serie de sonidos incongruentes. Una mujer estalla en carcajadas. Otra propaganda de Likud manipula electrónicamente la imagen de Peres para hacerlo hacer sugestivas señas a una chica en bikini. En un país en el que la ley prohíbe a la radio y a la TV una cobertura periodística seria durante los 30 días previos a una elección, esta parodia de debate político causa verdaderos estragos.

A las 22,15, cuando termina la propaganda electoral, uno de tantos espectadores, que en su carta de identidad lleva estampado un sello rojo con la palabra Girush que marca a los divorciados se pregunta si Shamir y Peres, al momento de su separación política, cumplirán con el rito de devolver a la contraparte la dote estipulada en el contrato de matrimonio y en ese caso cuál habrá sido el precio que Israel ha tenido que pagar.

POSICIONES SOBRE EL CONFLICTO PALESTINO

LIKUD	LABORISMO
Se niega a retirarse o conceder alguna porción de los territorios ocupados.	Promueve un acuerdo territorial, en el que concedería parte de los territorios a cambio de la paz.
Se opone a una conferencia internacional; sugiere en cambio alguna forma de autonomía seguida de negociaciones directas entre Israel y una delegación conjunta jordano-palestina	Apoya una iniciativa de paz que convoque a una conferencia internacional y a conversaciones entre Israel y una delegación conjunta jordano-palestina.
Se niega, en cualquier condición, a negociar con miembros de la OLP	Se niega a negociar directamente con la OLP, pero permitiría a los palestinos que elijan sus propios representantes para las negociaciones, aun si fueran partidarios de la OLP.
Propone construir docenas de nuevos asentamientos en los territorios ocupados y expandir los que ya existen	Se opone a nuevos asentamientos.

AFP

Era en los tiempos más felices en la convivencia del gobierno de unidad nacional. A la derecha, el primer ministro Yitzhak Shamir, su esposa Shulamit al centro, y el ministro de Relaciones Exteriores Shimon Peres a la izquierda.

sario el juego de las alianzas.

Mientras acomodan despreocupadamente las botellas llenas de arenas multicolores que forman fantásticas imágenes de un país que no está dispuesto a devolver ni un grano de esa arena a sus legítimos dueños, pero sí a venderlo embotellado a las manadas de turistas, las mujeres recuerdan otros preceptos a tener en cuenta para el ''girush'' (divorcio): Las partes deberán repudiarse tres veces y los testigos de uno y otro deberán hacer la ''parodia del enojo'', aunque continúan siendo buenos amigos en la realidad. Como los protagonistas de un Hamlet que sucumbe agobiado por el papel que le obliga a representar la fatalidad de las circunstancias, los israelíes no opondrán resistencia a encarnar la parodia del enojo, en favor o en contra de Peres o Shamir. Mientras una mitad de la población cree firmemente que Israel debe retornar a sus fronteras de 1967, la otra mitad, con igual pasión, considera que esa política es un suicidio, una apuesta o ambas cosas a la vez. Pero cuando Shamir le entregue a sus testigos una pluma para escribir, un tintero, papel y un apoyador —para, según el rito del ''girush'' encomendarles la disolución del vínculo y según el rito de la política pedirles sus votos— ¿cuán cerca o cuán lejos puede estar de seguir gobernando?

Una encuesta publicada el 14 de octubre por el diario *Hadashot* le otorga 38 bancas a Likud, seis a Tehiya (eventual socia de Likud que propugna la definitiva anexión de los territorios ocupados), cinco para el NRP (Partido Nacional Religioso), cuatro para los ultraortodoxos Shas y Agudat Israel y un escaño cada uno para Moledet y Tzomet. Esto daría a la coalición Likud sólo 56 de las 61 bancas necesarias para gobernar en mayoría.

La misma fuente le adjudica al laborismo de Peres 56 escaños: 44 directamente para el laborismo, siete para el Movimiento de los Derechos Ciudadanos (CRM), dos para el partido de Centro, dos para los socialistas de Mapam y otros dos para una nueva coalición religiosa denominada Meimad, que probablemente se integre al laborismo.

Finalmente la encuesta de *Hadashot* prevé que dos partidos ''no sionistas'' —el comunista Hadash y la Lista Progresista por la Paz— obtendrán una suma de seis mandatos, así como también otros dos escaños pueden ir a parar a manos del grupo Arabes Democráticos, un nuevo partido formado por un parlamentario disgustado con la dureza con que el ministro de Defensa, el laborista Yitzhak Rabin, ha manejado el levantamiento palestino en los territorios ocupados. Estos tres partidos, que cuentan fundamentalmente con el voto de los árabes israelíes, difícilmente se integren al conglomerado laborista, pero a la hora de inclinar el fiel de la balanza seguramente lo harán en contra de Likud.

Otra serie de encuestas publicadas este viernes por el diario independiente *Maariv* asigna alternativamente la victoria a uno u otro bloque. Lo único seguro en esta elección es que los israelíes fracasarán en dar un veredicto terminante justamente en el tema que ha desplazado a los asuntos económicos y del bolsillo del candelero y ha convertido este comicio en una especie de referéndum sobre un asunto único: La rebelión palestina y el futuro de los territorios ocupados (ver recuadro sobre la plataforma del laborismo y Likud al respecto).

Cuando cae la noche sobre Tel Aviv las empleadas del negocio de *souvenirs*, al igual que el 80% de los 4,5 millones de habitantes de Israel, siguen como en un teleteatro las alternativas de los 45 minutos de propaganda electoral que se emiten todos los días, con excepción del viernes —por el *Shabat*, claro está— por el único canal de TV. En ese momento las mujeres constatan que los dos candidatos han cumplido con creces el requisito de repudiarse mutuamente tres veces antes del divorcio. Más que en otras oportunidades, en la campaña de este año predomina la demagogia, la distorsión y las diatribas electrónicas.

Una propaganda de Likud muestra a Shimon Peres en pantalla al tiempo que una voz en *off*, imitando la suya, proclama su apoyo irrestricto a la OLP. Un spot de los laboristas encuesta a electores en la puerta de un supermercado sobre los logros de Yitzhak Shamir: Uno de los entrevistados mira a la cámara y balbucea una serie de sonidos incongruentes. Una mujer estalla en carcajadas. Otra propaganda de Likud manipula electrónicamente la imagen de Peres para hacerlo hacer sugestivas señas a una chica en bikini. En un país en el que la ley prohíbe a la radio y a la TV una cobertura periodística seria durante los 30 días previos a una elección, esta parodia de debate político causa verdaderos estragos.

A las 22,15, cuando termina la propaganda electoral, uno de tantos espectadores, que en su carta de identidad lleva estampado un sello rojo con la palabra Girush que marca a los divorciados se pregunta si Shamir y Peres, al momento de su separación política, cumplirán con el rito de devolver a la contraparte la dote estipulada en el contrato de matrimonio y en ese caso cuál habrá sido el precio que Israel ha tenido que pagar.

POSICIONES SOBRE EL CONFLICTO PALESTINO

LIKUD	LABORISMO
Se niega a retirarse o conceder alguna porción de los territorios ocupados.	Promueve un acuerdo territorial, en el que concedería parte de los territorios a cambio de la paz.
Se opone a una conferencia internacional; sugiere en cambio alguna forma de autonomía seguida de negociaciones directas entre Israel y una delegación conjunta jordano-palestina	Apoya una iniciativa de paz que convoque a una conferencia internacional y a conversaciones entre Israel y una delegación conjunta jordano-palestina.
Se niega, en cualquier condición, a negociar con miembros de la OLP	Se niega a negociar directamente con la OLP, pero permitiría a los palestinos que elijan sus propios representantes para las negociaciones, aun si fueran partidarios de la OLP.
Propone construir docenas de nuevos asentamientos en los territorios ocupados y expandir los que ya existen	Se opone a nuevos asentamientos.

Israel frente al conflicto palestino

SINTOMAS DE MIOPIA

La progresiva miopía provocada en las esferas dirigentes por la prepotencia de los expansionistas comienza a ser considerada una enfermedad por ilustres intelectuales judíos. Los antiisraelíes atribuyen la afección a la sociedad entera; sin embargo ésta comienza a producir anticuerpos.

Por Joaquín Sokolowicz, desde Jerusalén

Después de todo, la culpa de que en Israel avance la derecha la tienen ustedes.'' Es lo que suele decir un amigo de Jerusalén a los turistas extranjeros —sobre todo viejos compañeros del movimiento sionista-socialista ''Mapam'' en la comunidad judía de la Argentina— que, al visitarlo, se manifiestan preocupados por lo que está ocurriendo en los ''territorios ocupados''.

En el electorado israelí ya no son mayoría quienes se radicaron en el país por opción o porque acababan de sobrevivir al genocidio en Europa. Nuevas generaciones y cambios en el flujo inmigratorio modificaron el cuadro demográfico. La ''reunión de las diásporas'', con el pasar de los años, siguió por un lado solo. Judíos de cultura rudimentaria, sin oficio y con una religiosidad arcaica, animados de fuertes rencores hacia el mundo árabe del que en su mayor parte provienen, fueron asumiendo un peso creciente. Hace once años derrotaron en las urnas al *establishment* que había surgido aun antes de la independencia, compuesto por las clases medias, cultas y laicas.

Agrupaciones ultraderechistas y fanáticos del nacionalismo que explotan la carta religiosa (son laicos muchos militantes de ''Gush Emunim'', el ''Bloque de la Fe'') ejercen una atracción magnética en este sector de la población. La democracia israelí, tradicionalmente ejemplar, está expuesta a los peligros representados en cualquier parte por la irracionalidad y el fanatismo. Parecen no percibir tal peligro los visitantes que adhieren sin reservas a toda iniciativa gubernamental, por convicción o porque como sospecha el amigo de Jerusalén la cola de paja de quienes no se establecieron en Israel pese a su proclamado sionismo determina autocensura frente a los dirigentes del país que ellos se limitan a visitar.

En Israel los indefinidos están preocupados. Se oye decir a menudo: ''Si hoy lo tuviéramos a Ben Gurión...''. ''¿Los políticos sabrán lo que hacen?''... Entre los potenciales votantes del laborismo —supuesto factor de soluciones políticas en contraposición a la intransigencia—, muchos se sienten defraudados ante la plataforma electoral de ese partido, fruto de compromisos entre corrientes internas y sin alternativas nítidas respecto a las propuestas de los duros. Ya los laboristas, en el '77, perdieron el manejo del poder por la falta de definición política, además de las rivalidades entre sus dirigentes.

La sociedad israelí siempre sintió, más que otras, la necesidad de conductores. El nacionalista Menahem Begin ganó aquellas elecciones, entre otras cosas, porque era un sobreviviente de la generación de los padres fundadores. Sus herederos políticos, que se disputan el liderazgo del partido ''Jerut'' desde que él abandonó la vida pública (presumiblemente al sentirse engañado por sus estrategas militares sobre los objetivos reales y los efectos de la invasión del Líbano) tratan de imitar la oratoria seductora de Begin pero no poseen su sentido de responsabilidad en la gestión estatal. Yitzhak Shamir, primer ministro de la coalición denominada ''de unidad nacional'', se opuso enérgicamente en su momento al tratado de paz con Egipto. El general retirado Ariel Sharon, encaramado a la cúpula de la derecha después de haber intentado sin suerte hacer carrera en la izquierda, evidenció su peligrosidad más de una vez; cuando Begin le impuso renunciar como ministro de Defensa tras las conclusiones de la encuesta sobre la masacre de palestinos en los campos libaneses de Sabra y Chatila, el ambicioso militar expuso en la ceremonia de despedida los fundamentos de su diseño estratégico: Israel debía afianzar su dominio en el Líbano, recuperar la restituida península egipcia de Sinaí, prepararse para una supuesta guerra inminente que habría de lanzar Jordania y estar alerta para rechazar eventuales ataques de los restantes regímenes árabes... Bien colocado, David Levi es otro aspirante al liderazgo nacionalista; originario de Marruecos, recurre sin pudor a una retórica patriotera que magnetiza a ese electorado cuyas debilidades él conoce bien. Sharon, Levi y Shamir compiten entre sí, y los tres con el opositor partido ultraderechista ''Tehyía'' (''renacimiento''), en el terreno de los gestos y proclamas expansionistas.

Entre los laboristas, la imagen del líder Shimon Peres —actual ministro del Exterior— se fue deteriorando en el choque cotidiano con el férreo inmovilismo de Shamir respecto al conflicto mediooriental. Quedaron prácticamente anulados los mayores resultados positivos logrados por la coalición en sus primeros dos años de existencia, cuando la encabezaba Peres. Volvió a radicalizarse la lucha política, está dividida la sociedad como en el período en que manifestantes de derecha asesinaron al pacifista Grunzweig. Como entonces, época de la aventura en el Líbano, los contrastes se reflejan en el seno del ejército.

La batalla por la paz

''Cada vez que se los convocaba para la guerra, en el pasado, nuestros hombres sabían que tal orden había sido impartida por la falta absoluta de otras alternativas'', recuerda Ezer Weizman, ex comandante y uno de los constructores de la eficiente aeronáutica militar. Sobrino del primer presidente de Israel, actual ministro sin cartera, ''halcón'' en otros tiempos y ahora ''paloma'', Weizman lamenta que los militares no puedan tener hoy la misma confianza de entonces en la dirigencia nacional. En su libro *La batalla por la paz*, sostiene la necesidad de superar prejuicios cristalizados para conseguir un acuerdo que concilie las reivindicaciones de israelíes y palestinos, ''dos justas causas''. Weizman es un liberal, integrado desde hace unos meses al laborismo. ''Izquierda'' y ''derecha'' son definiciones convencionales, al utilizárselas para indicar a quienes en realidad son pacifistas o belicistas.

La *intifada* (revuelta, en árabe) configura, en sí misma, la identidad de un pueblo. En el momento del arresto de un grupo de comerciantes árabes de Jerusalén que se negaban a abrir sus negocios porque obedecían la orden de huelga del comité dependiente de la OLP (Organización para la Liberación Palestina), uno de los arrestados, mientras se lo escoltaba en dirección del celular, decía tranquila y orgullosamente al policía israelí: ''Ustedes tienen un gobierno, nosotros tenemos otro''. Considerar la revuelta una mera alteración del orden público es deshonesto o sintomático de miopía política. Una vez más, en este último caso, se estaría manifestando aquella reducción del campo óptico aparecida precisamente después de la ocupación de estos territorios de la actual *intifada*, con la victoria en la Guerra de los Seis Días de 1967. Después de años de rechazos árabes, el triunfo frente a aquella ofensiva concéntrica que habría podido ser determinante para la subsistencia del Estado representó un acontecimiento liberatorio. Poco después de la guerra murió el primer ministro Levi Eshkol y la sucesora, Golda Meir, tal vez por debajo de la altura requerida para el cargo, no supo o no quiso frenar la euforia transformada en ebriedad nacional. Por otra parte, la exasperación de las posturas antiisraelíes en el movimiento de países no alineados y la adhesión de sectores de la izquierda internacional a un tercermundismo maniqueo y desprejuiciado contribuyeron a incrementar en los israelíes el sentimiento de encierro y los impulsos de autodefensa.

Existe una natural concatenación entre aquella fase seguida a la guerra del '67 y los meticulosos golpes asestados en estos últimos meses por los soldados a los jóvenes palestinos que lanzan piedras; entre la confiscación de tierras y los disparos a los revoltosos por parte de los colonos civiles pero armados. De la instalación de asentamientos judíos en el corazón de antiguas localidades árabes se llegó al actual sistema de dinamitar casas como represalia contra la gente inerme, en una tentativa de sofocar la protesta de poblaciones enteras.

La paja en el ojo ajeno

Es cierto que buena parte de la responsabilidad por la dramática situación palestina es imputable a los regímenes árabes. También es cierto que los comandos palestinos confundieron con demasiada frecuencia guerrilla con terrorismo: no tiene nada de heroico ocupar una escuela primaria en Kyriath Schmona para asesinar a sus pequeños alumnos. Son ciertas estas y otras cosas recordadas por los amigos de Israel. De todos modos, ninguna culpa halla justificación en culpas ajenas.

Israel no es el mismo de un tiempo. Ya no todos sus generales son arqueólogos o agricultores de *kibutz* que van a la guerra pese a sí mismos. ''*Sharon ha perdido toda capacidad de distinguir entre sus intereses personales y los del Estado*'', advierte Weizman. Existe el peligro de un ''khomeinismo'' en versión judía, según señalaron diversos comentaristas reconocidos de la prensa israelí al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la independencia. Es cierto que Abu Jihad, como jefe militar de la OLP, fue responsable de atentados antiisraelíes, pero también lo es el hecho de que su asesinato en el preciso momento en que Estados Unidos y la Unión Soviética se esforzaban por promover negociaciones medioorientales significó querer liquidar esos esfuerzos. Y también es cierto que ese operativo pudo haber tenido como objetivo primordial levantar la moral de los soldados israelíes, inciertos por la ineficacia de la represión contra la revuelta de las piedras.

Actualmente, en Israel, los impulsos del ultranacionalismo y las ambiciones irresponsables amenazan con provocar choques en cadena. Con generar, a breve plazo, una segunda Sudáfrica a orillas del Mediterráneo, en un territorio minúsculo, y con alterar profundamente, tarde o temprano, el carácter democrático y civil de una nación.



POR LA PARTICION

El ex ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Abba Eban, un testigo privilegiado de los cuarenta años de crisis en el Medio Oriente puesto que participó en los debates de Naciones Unidas que llevaron a la creación del Estado de Israel, diputado laborista, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores y de Defensa de la Knesset, aboga en este artículo recientemente publicado por *Le Monde Diplomatique* por un retorno a la intención original del plan de partición que se votó a partir de 1947. El nombre de Abba Eban fue suprimido, por las instancias de su partido, de la lista nacional que el laborismo presenta en las elecciones del próximo martes.

En noviembre de 1947, cuando las Naciones Unidas se pronunciaron a favor de la partición de Palestina, su decisión fue mucho más que una respuesta de rutina dada a las reivindicaciones de las dos partes en conflicto y permitía decir que se había hecho justicia de manera salomónica. Esta decisión había estado precedida por debates profundos sobre la estructura de los dos Estados y sobre las condiciones de la existencia nacional. El diagnóstico fue escrupulosamente justo, y aún hoy, si bien no en sus detalles, sigue siendo indiscutible en cuanto al principio que lo inspira. Ese mínimo de afinidades que lograría que un millón y medio de palestinos aceptaran vivir bajo la autoridad israelí, no existe. Un principio que fuera aplaudido fervorosamente cuando se trataba de aplicarlo a seiscientos mil judíos no puede volverse obsoleto cuando concierne al futuro de un millón y medio de palestinos árabes, a menos de refugiarse en una doctrina racista, como el Goush Emounim y el rabino Kahane.

El apoyo providencial de los Estados Unidos y de la URSS a tales ideas permitió el nacimiento de Israel. La idea absurda de que solamente los judíos tienen derecho a vivir libres fuera de toda dominación extranjera no se le había ocurrido a nadie en esa época. Naciones dotadas de experiencia federal suplicaron a los árabes para que entendieran que el consentimiento de ambas partes era la condición para poder establecer una estructura unitaria para gobernar una población mixta, y que, en ausencia de tal acuerdo, debería haber una división de soberanía y de territorio.

Las organizaciones internacionales nunca están exentas de sufrir las presiones de fuerzas antagonistas, y árabes y judíos no vacilaron en ejercerlas durante las conversaciones de 1947-1949. A pesar de ello, las organizaciones internacionales nunca alcanzaron un grado tal de racionalidad objetiva como durante los debates sobre la división territorial. La idea que un Eretz Israël unificado podía significar, cuarenta años más tarde, *''odio, querella y baño de sangre''* y *''sistema riguroso de represión''* se convirtió en una evidencia notoria para todos aquellos que tienen ojos para ver. La única cosa nueva es que algunos interlocutores del diálogo cambiaron de lugar. Antaño, los árabes extremistas (y no había otra clase de árabes) decían que los judíos deberían tener suerte y vivir a merced de una mayoría árabe. Hoy, reemplácese ''árabes'' por ''judíos' y se obtendrá la filosofía de Kahane, de Goush Emounim de la grotesca escuela del ''traslado'' y también, con una simple diferencia de grado y de formulación, aquella del primer ministro Shamir y de todos aquellos que rechazan el principio de un acuerdo territorial.

La declaración hecha por el señor Shamir en Washington según la cual el problema demográfico en la región podría resolverse haciendo referencia al ''reino de Josué'' (personaje bíblico, Josué, sucesor de Moisés al frente de los Hebreos, condujo a su pueblo a la Tierra Santa, que conquistó a golpes de espada) hubiera resultado inconcebible, hasta en una clínica psiquiátrica, si hubiera tenido lugar en un momento en que hubiera prevalecido la lucidez y la razón.

Las decisiones internacionales de 1947-1949 representan uno de los extraños virajes decisivos de la historia judía. Los años que siguieron y aun la Guerra de los Seis Días, en 1967, no contradijeron la lógica de la partición. A lo sumo se modificaron ciertos detalles territoriales. El principio de la partición está tan profundamente inscripto en la textura territorial israelo-palestina que ha sobrevivido a los veinte años de ocupación israelí.

Pasar de una región donde se aplica la ley israelí a una zona bajo administración militar es cambiar de mundo. El millón y medio de palestinos de Cisjordania y de Gaza no comparten ni un solo minuto de las veinticuatro horas que tiene el día la misma experiencia emocional, el mismo sueño, ni la misma plegaria de los judíos que viven en la zona bajo soberanía israelí. En ninguna parte del



el frente al conflicto palestino

TOMAS DE MIOPIA

...da en las esferas
...de los expansionistas
...na enfermedad por
...s antiisraelíes atribuyen
...ra; sin embargo ésta
...pos.

mos otro". Considerar la revuelta una mera alteración del orden público es deshonesto o sintomático de miopía política. Una vez más, en este último caso, se estaría manifestando aquella reducción del campo óptico aparecida precisamente después de la ocupación de estos territorios de la actual *intifada*, con la victoria en la Guerra de los Seis Días de 1967. Después de años de rechazos árabes, el triunfo frente a aquella ofensiva concéntrica que habría podido ser determinante para la subsistencia del Estado representó un acontecimiento liberatorio. Poco después de la guerra murió el primer ministro Levi Eshkol y la sucesora, Golda Meir, tal vez por debajo de la altura requerida para el cargo, no supo o no quiso frenar la euforia transformada en ebriedad nacional. Por otra parte, la exasperación de las posturas antiisraelíes en el movimiento de países no alineados y la adhesión de sectores de la izquierda internacional a un tercermundismo maniqueo y desprejuiciado contribuyeron a incrementar en los israelíes el sentimiento de encierro y los impulsos de autodefensa.

Existe una natural concatenación entre aquella fase seguida a la guerra del '67 y los meticulosos golpes asestados en estos últimos meses por los soldados a los jóvenes palestinos que lanzan piedras; entre la confiscación de tierras y los disparos a los revoltosos por parte de los colonos civiles pero armados. De la instalación de asentamientos judíos en el corazón de antiguas localidades árabes se llegó al actual sistema de dinamitar casas como represalia contra la gente inerme, en una tentativa de sofocar la protesta de poblaciones enteras.

La paja en el ojo ajeno

Es cierto que buena parte de la responsabilidad por la dramática situación palestina es imputable a los regímenes árabes. También es cierto que los comandos palestinos confundieron con demasiada frecuencia guerrilla con terrorismo: no tiene nada de heroico ocupar una escuela primaria en Kyriath Schmona para asesinar a sus pequeños alumnos. Son ciertas estas y otras cosas recordadas por los amigos de Israel. De todos modos, ninguna culpa halla justificación en culpas ajenas.

Israel no es el mismo de un tiempo. Ya no todos sus generales son arqueólogos o agricultores de *kibutz* que van a la guerra pese a sí mismos. "*Sharon ha perdido toda capacidad de distinguir entre sus intereses personales y los del Estado*", advierte Weizman. Existe el peligro de un "khomeinismo" en versión judía, según señalaron diversos comentaristas reconocidos de la prensa israelí al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la independencia. Es cierto que Abu Jihad, como jefe militar de la OLP, fue responsable de atentados antiisraelíes, pero también lo es el hecho de que su asesinato en el preciso momento en que Estados Unidos y la Unión Soviética se esforzaban por promover negociaciones mediorientales significó querer liquidar esos esfuerzos. Y también es cierto que ese operativo pudo haber tenido como objetivo primordial levantar la moral de los soldados israelíes, inciertos por la ineficacia de la represión contra la revuelta de las piedras.

Actualmente, en Israel, los impulsos del ultranacionalismo y las ambiciones irresponsables amenazan con provocar choques en cadena. Con generar, a breve plazo, una segunda Sudáfrica a orillas del Mediterráneo, en un territorio minúsculo,y con alterar profundamente, tarde o temprano, el carácter democrático y civil de una nación.

Escribe Abba Eban

POR LA PARTICION

El ex ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Abba Eban, un testigo privilegiado de los cuarenta años de crisis en el Medio Oriente puesto que participó en los debates de Naciones Unidas que llevaron a la creación del Estado de Israel, diputado laborista, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores y de Defensa de la Knesset, aboga en este artículo recientemente publicado por *Le Monde Diplomatique* por un retorno a la intención original del plan de partición que se votó a partir de 1947. El nombre de Abba Eban fue suprimido, por las instancias de su partido, de la lista nacional que el laborismo presenta en las elecciones del próximo martes.

En noviembre de 1947, cuando las Naciones Unidas se pronunciaron a favor de la partición de Palestina, su decisión fue mucho más que una respuesta de rutina dada a las reivindicaciones de las dos partes en conflicto y permitía decir que se había hecho justicia de manera salomónica. Esta decisión había estado precedida por debates profundos sobre la estructura de los dos Estados y sobre las condiciones de la existencia nacional. El diagnóstico fue escrupulosamente justo, y aún hoy, si bien no en sus detalles, sigue siendo indiscutible en cuanto al principio que lo inspira. Ese mínimo de afinidades que lograría que un millón y medio de palestinos aceptaran vivir bajo la autoridad israelí, no existe. Un principio que fuera aplaudido fervorosamente cuando se trataba de aplicarlo a seiscientos mil judíos no puede volverse obsoleto cuando concierne al futuro de un millón y medio de palestinos árabes, a menos de refugiarse en una doctrina racista, como el Goush Emounim y el rabino Kahane.

El apoyo providencial de los Estados Unidos y de la URSS a tales ideas permitió el nacimiento de Israel. La idea absurda de que solamente los judíos tienen derecho a vivir libres fuera de toda dominación extranjera no se le había ocurrido a nadie en esa época. Naciones dotadas de experiencia federal suplicaron a los árabes para que entendieran que el consentimiento de ambas partes era la condición para poder establecer una estructura unitaria para gobernar una población mixta, y que, en ausencia de tal acuerdo, debería haber una división de soberanía y de territorio.

Las organizaciones internacionales nunca están exentas de sufrir las presiones de fuerzas antagonistas, y árabes y judíos no vacilaron en ejercerlas durante las conversaciones de 1947-1949. A pesar de ello, las organizaciones internacionales nunca alcanzaron un grado tal de racionalidad objetiva como durante los debates sobre la división territorial. La idea que un Eretz Israël unificado podía significar, cuarenta años más tarde, *"odio, querella y baño de sangre"* y *"sistema riguroso de represión"* se convirtió en una evidencia notoria para todos aquellos que tienen ojos para ver. La única cosa nueva es que algunos interlocutores del diálogo cambiaron de lugar. Antaño, los árabes extremistas (y no había otra clase de árabes) decían que los judíos deberían tener suerte y vivir a merced de una mayoría árabe. Hoy, reemplácese "árabes" por "judíos' y se obtendrá la filosofía de Kahane, de Goush Emounim de la grotesca escuela del "traslado" y también, con una simple diferencia de grado y de formulación, aquella del primer ministro Shamir y de todos aquellos que rechazan el principio de un acuerdo territorial.

La declaración hecha por el señor Shamir en Washington según la cual el problema demográfico en la región podría resolverse haciendo referencia al "reino de Josué" (personaje bíblico, Josué, sucesor de Moisés al frente de los Hebreos, condujo a su pueblo a la Tierra Santa, que conquistó a golpes de espada) hubiera resultado inconcebible, hasta en una clínica psiquiátrica, si hubiera tenido lugar en un momento en que hubiera prevalecido la lucidez y la razón.

Las decisiones internacionales de 1947-1949 representan uno de los extraños virajes decisivos de la historia judía. Los años que siguieron y aun la Guerra de los Seis Días, en 1967, no contradijeron la lógica de la partición. A lo sumo se modificaron ciertos detalles territoriales. El principio de la partición está tan profundamente inscripto en la textura territorial israelo-palestina que ha sobrevivido a los veinte años de ocupación israelí.

Pasar de una región donde se aplica la ley israelí a una zona bajo administración militar es cambiar de mundo. El millón y medio de palestinos de Cisjordania y de Gaza no comparten ni un solo minuto de las veinticuatro horas que tiene el día la misma experiencia emocional, el mismo sueño, ni la misma plegaria de los judíos que viven en la zona bajo soberanía israelí. En ninguna parte del





POR LA PARTICION

mundo existe una entidad política marcada por una discontinuidad tan total como la que separa las dos zonas y sus poblaciones. Ninguno de esos dos mundos humanos busca la armonía con el otro tratando de contemporizar, con sus caracteres particulares.

El movimiento de colonización que apuntaba a cambiar el equilibrio demográfico en Cisjordania y en Gaza fue un fracaso irreversible. Si se acepta la dudosa afirmación que sostiene que sesenta mil judíos viven en esas regiones, ello significa que la población judía de los territorios aumentó en promedio a un ritmo de tres mil personas por año, mientras que la población árabe creció alcanzando la cifra de 250.000 personas. No existe el mínimo indicio de una coexistencia pacífica en las relaciones entre los sesenta mil judíos y el millón y medio de árabes. La ideología de la mayor parte de los colonos ni siquiera les permite aspirar a tal armonía. El rabino Levinger y sus asociados buscan deliberadamente suscitar tensiones, con la vana esperanza de que centenares de miles de árabes permitan que un puñado de israelíes envenenen su existencia a punto tal de provocar su éxodo.

A pesar de que los territorios ocupados teóricamente estén abiertos a los israelíes, más del 95 por ciento de la actividad económica, de la creatividad cultural y de las relaciones humanas israelíes se realizan en la zona donde se aplica la ley israelí, sin intercambio de influencia con Cisjordania y Gaza.

En los foros donde se discuten estos problemas con competencia profesional no se toma en serio la idea de que la seguridad de Israel depende del poder directo que este país ejerce sobre Cisjordania y Gaza. A título de ejemplo, desearía citar una entrevista que el diario *Maariv* (13 de febrero de 1987) hizo al general Aharon Yariv, ex jefe de informaciones militares, actualmente director del Centro de estudios estratégicos de la Universidad de Tel-Aviv:

—¿Puede defenderse a Israel dentro de sus fronteras previas a 1967?

—Sí, bajo ciertas condiciones. Por supuesto es necesario que haya desmilitarización y otras medidas similares, que deben negociarse.

—¿Piensa usted que la opinión israelí está preparada para comprometerse a un arreglo político con los árabes relativo a los territorios?

—Según varios estudios realizados, al menos la mitad de la opinión pública está lista para comprometerse en la búsqueda de alguna forma de arreglo. Si las cosas se mueven en el frente político, entonces tal vez más gente se muestre accesible a aceptar esta idea. El punto más importante es el de explicar la situación a la opinión pública, de presentarle todos los hechos y de dejar de acorazarse con toda clase de tabúes tales como el rechazo a hablar con la OLP. En última instancia mucha gente hablará con la OLP.

Estas ideas están mucho más difundidas de lo que generalmente se piensa en el "establishment" militar. La declaración incluida en la plataforma del Partido Laborista que describe *"el fin de la autoridad israelí en Judea, en Samaria y en Gaza"* como *"el objetivo de toda negociación"*, fue propuesta por hombres que poseen una gran experiencia profesional en problemas de seguridad, como el general Yitzhak Rabin, el general Haim Barlev, el general Mordecai Gur, todos ellos ex comandantes en jefe del ejército israelí.

AFP



La negociación del tratado con Egipto demostró que la seguridad de Israel aumentó desde el punto de vista estrictamente logístico, gracias al intercambio que significó ceder el Sinaí para obtener la paz y la desmilitarización. Ninguna persona preocupada por la seguridad de Israel volvería a ocupar el Sinaí, aun si estuviera fervientemente invitada a hacerlo.

La doctrina según la cual la seguridad se ve fortalecida al buscar el contacto más próximo con el adversario se desmoronó después que miles de israelíes pagaron con sus vidas nuestra presencia en el Sinaí, mientras que nuestras pérdidas fueron nulas a partir de la firma del tratado de Camp David en 1978. La doctrina de Sharon, según la cual si se mete la cabeza en la boca del cocodrilo se lo inquieta, está desprestigiada. La historia demostró que nuestra presencia militar, concebida como una fuerza de disuasión, se transformó para los egipcios en una invitación al ataque, el cual, además, se vio coronado por el éxito.

Pero el mayor daño causado a la imagen y a los intereses de Israel por el abandono de la idea de partición se halla en el ámbito de los valores y de las ideas. Creyendo equivocadamente que la victoria militar de 1967 le daba a Israel el poder de dictar el porvenir de la región, muchos israelíes se intoxicaron con el vino embriagador del éxito. Algunos no vieron que la victoria militar no cambiaba de manera determinante la relación regional de fuerzas. Los árabes conservaron su superioridad demográfica, territorial, su preeminencia en materias primas y en dinero, la preponderancia que les aseguraba sus múltiples soberanías y su poder para rechazar. A partir de 1967, nada los obligó a someterse ni en sus pensamientos ni en sus acciones, a los intereses unilaterales de Israel. Cuando entramos en nuestra quinta década de existencia, permanecemos aún confrontados al hecho de que nuestros propios problemas no pueden ser resueltos sin la cooperación y el acuerdo de los árabes.

A pesar de haber obtenido la victoria, Israel sigue siendo un Estado cuyo porvenir es mucho más incierto que el de cualquier otra entidad política del mundo moderno. Si se abandonan los principios de la victoria política de 1947-1949, la estructura de Israel, sus dimensiones, sus fronteras, su composición humana, su régimen político, su vocación judía y sus cualidades morales serán objeto de dudas e incertidumbre. Una nación no puede dar la espalda a su propia fe de nacimiento sin que de ello deriven graves perturbaciones en la manera de percibir su identidad y su destino. Si insistimos en conservar todos los territorios y las poblaciones que cayeron bajo nuestro control en 1967, perderemos nuestra mayoría judía, nuestros principios democráticos, nuestras posibilidades de lograr una paz eventual, nuestro tratado con Egipto y la posibilidad de evitar otra guerra.

Eramos jóvenes, poco numerosos y frágiles, y nuestra supervivencia misma estaba en juego. Pero fuimos llevados por una visión clara y lúcida de la realidad. Sabíamos establecer la diferencia entre lo que era posible y lo que no lo era. Comprendíamos que nuestra tarea no era solamente afirmar y proclamar nuestros propios derechos, sino también de armonizarlos y equilibrarlos con los derechos e intereses de los demás. No teníamos la ilusión de poder vivir fuera del ámbito humano universal que vuelve irrisorias todas las pretensiones de poder unilateral. Nos inspirábamos en nuestra historia sin ser sus esclavos. Comprendíamos que en la diplomacia y el arte del Estado, como en toda búsqueda caracterizada por cierta nobleza, la clave del éxito y de la supervivencia se encontraba en el uso de la razón, un uso disciplinado y, si necesario, apasionado, para lograr acuerdos. Nos acordábamos de que, en el pasado, nuestra tierra había sido arrasada y nuestra libertad destruida a causa de las tendencias suicidas de los celotes que preferían una muerte heroica a una vida razonable.

Así, durante dos años inolvidables, dimos un gran impulso y una dirección nueva a la historia judía, y pusimos a Israel en una senda llena de peligros pero también de promesas. Como último testigo de este drama, sólo puedo dejar mis recuerdos y mis impresiones con la esperanza de que la débil luz del pasado ilumine en el futuro el abrupto camino de Israel.

AFP



"Israel no está en venta", reza la consigna de los jóvenes derechistas. 150.000 votarán por primera vez en noviembre.



JOVENES POR DERECHA

Los 150.000 jóvenes que votarán por primera vez en las elecciones generales del 1° de noviembre pueden ser la clave de la victoria de la derecha en la carrera para ocupar las 120 sillas del Parlamento. Junto con los árabes-israelíes, la juventud representa un sector decisivo en la disputa, que envuelve la elección del futuro primer ministro del país.

Analistas políticos afirman que la juventud israelí tiende a votar a los partidos de derecha en una proporción de 2 a 1. Según los especialistas, esto puede significar la victoria del bloque de derecha liderado por el actual primer ministro Yitzhak Shamir, sobre el Partido Laborista del ministro de Relaciones Exteriores, Shimon Peres.

La tendencia electoral en Israel, de acuerdo con Rachel Yisraeli, directora de investigación de la organización Modin Ezrahi, revela que "los más viejos votan a la izquierda mientras que los más jóvenes prefieren la derecha". Una de las explicaciones está en el mayor crecimiento de la población descendiente de norafricanos, que tradicionalmente apoya al Likud, que coincide con la disminución de europeos simpatizantes del Partido Laborista. Además, la juventud israelí carga el peso de los constantes conflictos con los árabes, debido al servicio militar obligatorio, y tiende a preferir las soluciones de derecha cuando están en el frente.

"Los jóvenes tienen que servir en el ejército y terminan desarrollando una imagen del mundo que justifique su sacrificio, lo que da como resultado una actitud antiárabe", dice Alouph Hareven, investigador social del prestigioso Instituto Van Leer, de Jerusalén. "Ellos buscan una solución simple, comúnmente ofrecida por la derecha", concluye. De un modo general, el Partido Laborista se muestra más complaciente con los árabes.

También los árabes pesan en la elección: son 350 mil, de los 3 millones de electores israelíes, los que pueden votar (el millón y medio que vive en Gaza y Cisjordania no puede hacerlo). Los sufragios árabes definirán entre 12 y 14 diputados del Parlamento, una cifra que puede tornarse decisiva para la formación de un nuevo gabinete. Tradicionalmente, sus votos iban para los partidos de izquierda, particularmente el Comunista y la Lista Progresista para la Paz. Pero esta vez la campaña laborista puede rendir frutos, en especial después del llamado de Yasser Arafat. El Likud utiliza este hecho para desacreditarlo; acusando a Peres de "obedecer las órdenes de los comunistas y la OLP". La afirmación surte efecto, sobre todo en los jóvenes votantes.

No es difícil encontrar electores de derecha entre los jóvenes, que tienen derecho a votar al llegar a los 18 años. "Tenemos que acabar con que nos embromen y sofocar el levantamiento en las áreas ocupadas", dice Ziggy, un joven que no puede dar su nombre completo por estar en el servicio militar. El dice que votaría al Tehiya, un partido que propone la anexión de Cisjordania y de la faja de Gaza, y la incorporación de ambas regiones al Estado de Israel.

Algunos observadores creen que los diez meses de lucha en los territorios ocupados han contribuido a profundizar la tendencia derechista de la juventud. Pero como la experiencia de combatir la rebelión árabe parece tener diferentes efectos sobre los jóvenes soldados, esta conclusión está abierta a las dudas que sólo las urnas resolverán.